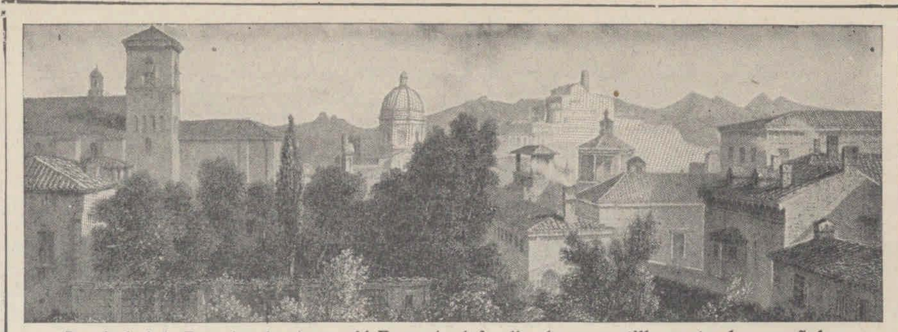

La ciudad de Brescia, donde murió Bayardo defendiendo un castillo contra los españoles.

EL CABALLERO SIN MIEDO Y SIN TACHA

UN día de fines del siglo XV veíase un hermoso espectáculo ante un antiguo y noble castillo de Francia, el Castillo Bayardo.

El anciano caballero de ese nombre, inválido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla, se sostenía apoyado en dos bastones, teniendo a su lado a su bella esposa, y rodeado de un gran séquito de servidores. Los ojos del viejo guerrero brillaban, mostrando a la vez afecto y admiración. Todos sus servidores aplaudían.

La causa de su alegría era un muchacho de catorce años, quien vestido de seda y terciopelo, y adornado el birrete con hermosa pluma, hacía diestramente evolucionar a un caballo de poca alzada.

El caballero, herido e inválido, no podía adiestrar por sí mismo a su hijo en el arte de la caballería; así, pues, le había comprado un brioso potro, le había vestido suntuosamente, y Pedro (que así se llamaba el joven) partía para aprender el ejercicio de las armas en la corte del duque de Saboya.

El muchacho se distinguió mucho en su nueva profesión, por su valor y destreza, y conquistó el cariño de todos por su sencillez y generosidad.

En cierta ocasión quiso el duque hacer un magnífico presente al rey de Francia, y se le ocurrió mandarle a su valiente paje.

Estando un día el rey rodeado de su corte, apareció Pedro montado en su caballo con tanta gallardía y manejándolo con tanta habilidad, que daba gusto verlo.

—« ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Espolead de nuevo! »—exclamó el monarca, mientras aplaudía. Y toda la corte repitió: « ¡Bravo! ¡Bravo! ».

Entonces Pedro dió de nuevo la vuelta al campo, llevando el caballo a medio galope, y todos prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su destreza como jinete.

Dejaremos sin mencionar muchas de las hazañas de este intrépido joven, puesto que llenarían varios volúmenes, y pasaremos a otra escena, en la que Pedro es ya hombre. Es alto, apuesto, de ojos brillantes, y lleno de gracia y gentileza. Ha vencido a los más valientes caballeros de su tiempo, y ha conquistado los más grandes honores en los campos de batalla. Se le llama « el caballero sin miedo y sin tacha ». Todos han oído hablar de él; todos conocen su valor indomable, su generosidad para con los vencidos, su caballerosidad para con las mujeres, su bravura como caballero y su nobleza como cristiano.

La escena que vamos a describir es

la siguiente: acaba de tener lugar una gran batalla y el nuevo rey de Francia, que es todavía un adolescente, vuelve de su primer combate, envanecido por la victoria alcanzada. Desea sólo una cosa: ser armado caballero. Pero ¿quién podrá armarle tal? ¿No es él mismo el poder supremo que los crea?

Bayardo. Se arrodilla sobre la yerba ante él, y Bayardo, dándole un espaldarazo, le arma caballero. El rey había escogido para que le elevase a esta dignidad al más valiente y cortés de todos sus vasallos.

Una de las mayores hazañas del gran Bayardo fué la defensa del castillo de



MUERTE DE BAYARDO, DESPUÉS DE RESISTIR A LOS ESPAÑOLES CON UN PUÑADO DE HOMBRES

Por la noche tiene lugar un maravilloso espectáculo ante la tienda del soberano. Los más valientes soldados de Francia forman un gran cuadro; flamean al aire las banderas, y los heraldos hacen resonar sus trompetas. Los que han de recibir recompensas de manos del rey, ocupan la primera fila, embargados por la emoción. Todos esperan con alegría el comienzo de la ceremonia. El monarca, Francisco I, sale de su tienda y se dirige hacia

Brescia contra tropas considerables. Cuando la reina, cuyas eran aquellas tropas, preguntó enojada al general cómo era que con todos sus hombres y cañones no pudo tomar aquel débil palomar, el general respondió:—« Señora, porque había en él un águila ».

Y esta era precisamente la característica de Bayardo en la guerra: temperamento de águila. No temía salir al encuentro del enemigo cualquiera que fuese. Volaba como un torbellino en

auxilio del débil y destruía el poder de los tiranos. Pero en la paz era de carácter afable. En la guerra, un águila; en la paz, una paloma.

Bayardo murió de manera noble y heroica. En una batalla luchando contra los españoles, el ejército francés tuvo que retirarse, y Bayardo, con un puñado de hombres, permaneció a retaguardia para proteger la retirada.

Allí le alcanzó una piedra disparada por una ballesta, la cual le partió la espina dorsal. Bajáronle del caballo y recostáronle en un árbol.

Ya moribundo, levantó el bravo caballero su espada, y pronunció una breve oración. Luego aconsejó a sus amigos que se pusieran en salvo, y les rogó que le volvieran de cara al enemigo.

Así murió uno de los hombres más valientes que blandieron espada.

EL REPARTO QUE HIZO UN REY

HUBO una vez un rey que expidió una proclama diciendo que cualquiera que fuese recibiría lo que gustara pedir. Acudieron los nobles y pidieron ducados y riquezas, y mientras se les satisfacía, llegó el pobre pueblo y pidió iguales dones.

—Llegáis demasiado tarde—les dijo el rey a los pobres villanos.—Los nobles ya eran dueños de mucho de lo que poseo ahora. Como rey sólo me han dejado el poder y la autoridad. Yo no puedo hacer más que transferiros este poder y haceros jueces y señores de esos ricos nobles.

Cuando los hombres ricos se enteraron de lo que el rey había cedido, acudieron a él, implorando que retirase aquella donación.

—No queremos que esos miserables nos gobiernen—le dijeron.

—No os quiero perjudicar, replicó el rey. Os he dado cuanto me habéis pedido, y no habéis dejado nada para los pobres. Partid con ellos y recobraré mi poder.

Parecióles a los nobles que esta era la mejor solución; los pobres recibieron su parte y lo pasaron muy bien.

LA HAZAÑA DEL CUÁQUERO

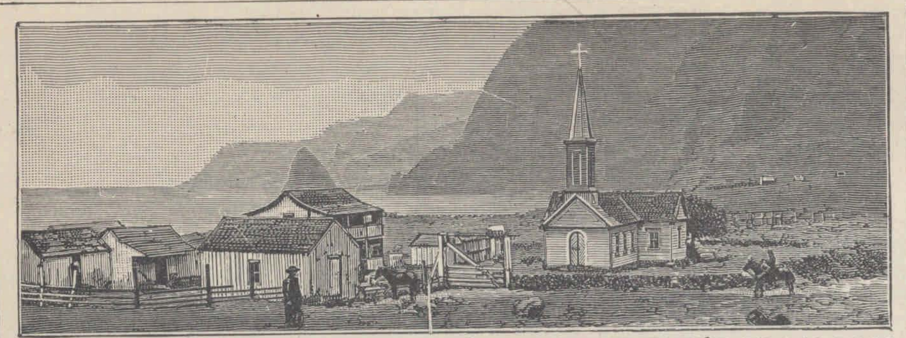
ANTE todo es de saber que los cuáqueros son unas buenas personas, que creen ilícito el pelear y por eso rehusan hacerse soldados o marinos.

Pues bien; en cierta ocasión había un cuáquero a bordo de un barco mercante americano, cuando se presentó un barco francés y trabó combate. Todo el mundo a bordo del barco mercante, excepto el cuáquero, luchó desesperadamente en defensa de su vida. El cuáquero, con las manos a la espalda, paseaba tranquilamente por la cubierta, en medio de las balas.

Poco después los barcos se aproximaron uno a otro; y los franceses gritaron que abordarían el barco americano.

El cuáquero continuó su paseo. Las bordas de los barcos toparon y crugieron al chocar. Un clamor de triunfo se levantó del barco francés. Los americanos cargaron sus fusiles, y se aprestaron a vender caras sus vidas. En aquel momento un francés se adelantó rápidamente para dirigir el abordaje.

No bien hubo puesto el pie sobre el barco americano, y antes que nadie echara de ver lo que sucedía, el cuáquero corrió con presteza hasta él, rodeó su cuerpo con los brazos y dijo con mucha calma y en tono de reproche: « Amigo, aquí no tenéis nada que hacer ». Y levantando al francés en vilo, como si entregara un bebé a su niñera, lo dejó caer suave, pero firmemente, por encima de la borda.



LA IGLESIA Y EL POBLADO DE LA MISIÓN DEL PADRE DAMIÁN EN LAS ISLAS DEL MAR DEL SUR

EL SACRIFICIO DEL PADRE DAMIÁN

DOS hermanos preparábanse en un seminario de Bélgica para el sacerdocio. El mayor, que esperaba ser misionero muy pronto y partir para las Islas del Mar del Sur, siempre que hablaba de la labor que le esperaba allende los mares, no podía menos de manifestar su gozo.

Pero no se realizaron sus anhelos. Cayó enfermo de cuidado y hubo de guardar cama largo tiempo. A medida que la fiebre consumía sus fuerzas, aumentaba su congoja, y se ponía cada vez más pálido y melancólico. Viéndole tan abatido, su hermano menor se le acercó un día al lecho y le dijo tiernamente:—« ¿Te gustaría que tomase yo tu lugar como misionero? »—

Los ojos del enfermo se iluminaron por un momento, y sonriente, estrechó agradecido las manos de su hermano. Éste escribió secretamente a los superiores, suplicando le fuera concedido el ir a las misiones en lugar de aquél.

Estudiaba un día en su cuarto, cuando el superior del seminario fué a decirle que su ofrecimiento había sido aceptado y que partiría para las misiones. Al recibir la noticia, el muchacho, enajenado de contento, salió corriendo de su habitación y recorrió el patio en todas direcciones, como fuera de sí.

—« ¿Estará loco? »—Se preguntaban los demás estudiantes.

Y, ¿por qué se mostraba José Damián tan contento de marchar al destierro? ¿Por qué deseaba dejar la tierra feliz donde se hablaba su propio idioma y donde todas las costumbres le eran tan familiares? ¿Por qué anhelaba marcharse a trabajar entre salvajes, allá lejos, al otro lado de los mares bravíos, apartado del trato y de la memoria de sus amigos?

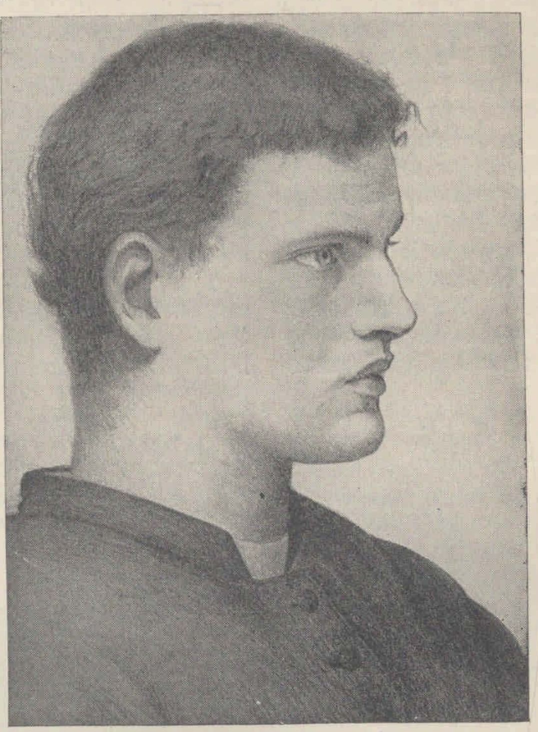
Esto se comprende fácilmente si se considera que había ya renunciado al mundo para hacerse sacerdote, por lo cual abrazaba también con gusto la vida del misionero olvidado en lejanos países, pues más que la pompa del mundo, más que la felicidad doméstica, más que a su padre y a su madre, amaba nuestro héroe al Salvador del mundo, que pasó por esta vida haciendo bien, y exhortó a todos los que le amaban a que tomaran su cruz y le siguieran.

José Damián, rebosando de gozo, como un niño, partió con rumbo a las Islas del Mar de Sur, para dedicarse en ellas a las misiones. Trabajó con gran alteza de miras, ocupado en obras de perfección hasta los treinta y tres años, y entonces, mientras atendía a los cuidados de su misión, oyó un día decir

al bondadoso obispo:—« ¡Qué lástima que no tenga yo a quien enviar a cuidar los pobres leprosos de Molokai, y que esos desdichados hayan de vivir abandonados, presa de la enfermedad más terrible que existe y sumidos en los más horrendos pecados! ».

José Damián, cuyo corazón se había enternecido muchas veces al oir hablar de la miserable vida de los leprosos, pidió al obispo le enviase a él, para cuidarles y evangelizarles, y el prelado accedió a la petición.

Esta acción implicaba otra « renuncia », pues el pasar de los salvajes a los leprosos constituía un sacrificio mayor que el pasar de Bélgica a la tierra de los salvajes. Los leprosos vivían completamente solos, separados de la gente sana, que rehuía todo contacto con ellos, considerándoles como al que se ha de arrojar de la sociedad. La espantosa miseria de sus cuerpos les hacía también miserables en sus almas. Sus chozas eran verdaderas pocilgas; vivían enteramente como bestias; y si era repugnante el verlos, aún lo era más el tratarlos. Los horrores de Molokai son inenarrables. Si hubiéramos de referir sólo una parte de ellos nos causaría tal asco que no podríamos sufrirlo.



EL PADRE DAMIÁN, QUE SACRIFICÓ SU VIDA EN BIEN DEL PRÓJIMO.

Partió de Bélgica para ir a socorrer a los leprosos de las Islas del Mar del Sur. Abandonó su país natal y consagró a sus afligidos enfermos todas sus fuerzas y su vida, muriendo víctima de la lepra.

Pero el Padre Damián se presentó ante aquellos desgraciados con el sencillo mensaje de que Dios los amaba; y su alegre semblante, su cariñosa voz, su tierna mirada y, más que otra cosa, la viva fe que respiraban sus palabras, impresionaron a los pobres leprosos convirtiéndolos de bestias en hombres, y de hombres en hijos de Dios. Empezaron a sentir vergüenza de sus pecados, y a creer que, a pesar de todo, quizás Dios los amaba realmente. Una cosa era indudable: el Padre Damián los amaba paternalmente.

Por espacio de diez y seis años vivió este santo y abnegado varón entre los leprosos. Les edificó una iglesia, que frecuentaban con gusto; les construyó mejores viviendas que las que tenían; les procuró agua más abundante; los atendió como un verdadero hermano; curaba y vendaba sus repugnantes llagas; los confortaba a la hora de la muerte, y les cavaba él mismo la fosa. Por fin, el mundo oyó hablar de este sacerdote solitario, dedicado enteramente a los más penosos trabajos entre leprosos. Le escribieron, le mandaron cajas llenas de objetos útiles para sus pobrecitos, y hasta hubo personas que fueron a verle y a ayudarle. En Inglaterra su nombre y fama eran un estímulo para el bien. Un día, sin embargo, el buen padre se dió cuenta de su suerte. Sucedió que habiéndosele derramado sobre un pie un poco de agua hirviendo, no sintió dolor alguno. Extrañado de ello, fué a

ver un médico.—« ¿ Se me habrá pegado la lepra? »—le preguntó el Padre Damián. — « Siento manifestárselo » — dijo el doctor—« pero, en realidad, está usted leproso ». Desde aquel momento el Padre Damián en sus sermones no decía « hermanos míos », sino « nosotros los leprosos ».

Estaba tan contento, y se sentía tan feliz, que decía que aunque hubiera de curar marchándose de la isla, no lo haría, por no abandonar a sus queridos enfermos; así es que continuó trabajando a pesar de su propia enfermedad, mientras que la muerte iba minando su cuerpo con rapidez y violentamente. Cuando por último le hubieron de conducir a la cama, casi moribundo, dió gracias a Dios por todas las bendiciones y consuelos que de El había recibido. Dos sacerdotes, y varias hermanas de la caridad, estaban arrodillados junto a su lecho.

—« Padre, ¿cuando esté en el cielo »—dijo uno de los sacerdotes,—« recordará a los que deja huérfanos en este mundo? »

—« ¡Ah, sí! »—contestó sonriendo el buen Padre.—« Si tengo algún valimiento cerca de Dios, rogaré por cuantos moran en la Leprosería ».

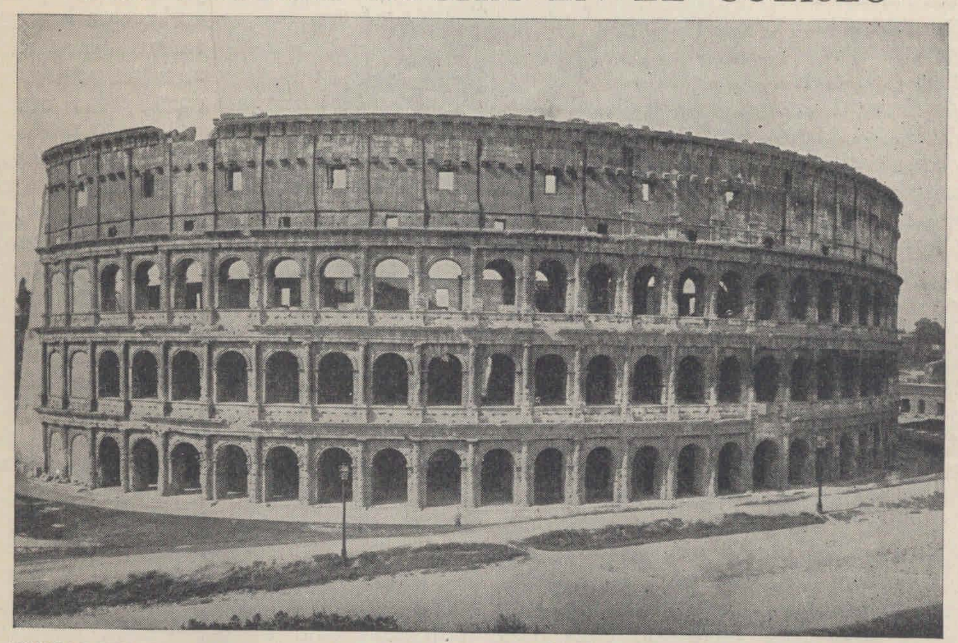
—« Y ¿me dejará »—murmuró el sacerdote arrodillado—« como Elías, su manteo, Padre mío? »

—« ¿Para qué? »—preguntó el Padre Damián. Y luego añadió lentamente: « Está cubierto de lepra ».

¡Qué manto tan precioso, para quitárselo terminado el trabajo de su vida! ¡ Ningún rey llevó nunca otro más hermoso!

Y el alma del Padre Damián pocos momentos después era recibida en el cielo por los ángeles. Toda su vida había sido un continuo acto heroico.

LA ÚLTIMA LUCHA EN EL COLISEO



RUINAS DEL COLISEO, DONDE, EN LOS ANTIGUOS DÍAS DE ROMA, LUCHABAN HOMBRES Y FIERAS

CUANDO la soberbia Roma reinaba en todo el mundo y el emperador vivía en un palacio de mármol blanco o en una casa de oro puro, el Coliseo era el mayor teatro conocido en toda la tierra.

Álzase hoy todavía, deteriorado y ruinoso, pero sus ruinas son las que más impresión causan de cuantas hay en el mundo. En los tristes días en que Roma se derrumbaba de su alto pedestal, cuando los Apóstoles Pedro y Pablo fueron crucificados fuera de sus muros, el pequeño grupo de los cristianos ocultóse en los grandes subterráneos a fin de salvarse de los tormentos y de la muerte. Aun hoy podemos pasear por las catacumbas, en las cuales los primeros discípulos de Jesús se escondieron, huyendo de Nerón, el monstruo que vivió en casa de oro dentro de la ciudad. Dícese que cuando se quemó la casa de Nerón, durante el incendio de Roma, corría por las calles oro derretido.

En aquellos días ominosos, el grande, blanco y elevado Coliseo, con sus varios pisos y sus grandes galerías interiores que podían contener 40.000 espectadores, presentaba un espectáculo magnífico. Todo Roma iba al circo para presenciar la lucha de las fieras sueltas y contemplar como se destrozaban unas a otras. A él acudían los gladiadores, hombres de complexión robusta, diestros en luchar unos contra otros hasta que el contrario caía muerto. A las arenas del Coliseo eran arrojados vivos los cristianos para servir de comida a los leones, cuando se celebraba una festividad romana. No hay lugar en el mundo que haya presenciado espectáculos tan crueles como el circo romano.

Pero el Cristianismo fué abriéndose paso, poco a poco, hasta que el mismo emperador se hizo cristiano. Entonces fué cuando cesaron tan vergonzosas exhibiciones, y el Coliseo se convirtió sencillamente en circo. El pueblo, sin embargo, ansiaba presenciar los antiguos espectáculos y aun a veces parecía que de nuevo se enseñoreaba de él aquella antigua vesania. Los cristianos se habían hecho más y más poderosos durante 400 años, cuando llegó un día de terrible prueba para Roma. Alarico, rey de los godos, presentóse amenazador ante las puertas de la ciudad de los Césares, la cual, por tener entonces como monarca a un pobre niño loco, hubiera caído, a no haber sido por un valiente general y sus soldados, quienes obligaron a los godos a huir de la capital.

Fué tal el regocijo que reinó en Roma aquel día, que la gente acudió en tropel al Coliseo, dando vivas al bravo general vencedor. Hubo una gran cacería de fieras y celebróse un magnífico espectáculo, como los que se daban en otros tiempos. Súbitamente de uno de los estrechos corredores que conducían a la pista, salió un gladiador con lanzas y espadas. La alegría de los espectadores no conoció límites.

Pocos momentos después, otro espectáculo singularísimo llamó la atención de todos los circunstantes. Un anciano, descubierta la cabeza y descalzo, se adelantó en medio de la arena, suplicando al pueblo que impidiese el derramamiento de sangre. Al oir semejante súplica, la multitud comenzó a gritar, diciéndole que acabase el sermón y se marchara inmediatamente. Adelantáronse los gladiadores y obligáronle a apartarse, pero el noble viejecito se puso de nuevo entre ellos. Esta actitud provocó una lluvia de piedras que arrojaron airados los espectadores sobre el pobre anciano, quien, herido al propio tiempo por los gladiadores, expiró en presencia de todo Roma.

Era este anciano un ermitaño llamado Telémaco, uno de aquellos santos varones que, cansado de las crueldades del mundo, se había retirado a vivir en las montañas. Hallándose en Roma, con objeto de visitar los sagrados altares, había visto a las multitudes acudir en tropel al Coliseo y, compadecido de su crueldad, resolvió morir o impedir el espectáculo.

Murió, es cierto, pero la semilla estaba ya arrojada; todo lo mejor que había en Roma se conmovió profundamente a la vista del buen ermitaño asesinado en medio de la arena, y desde aquel día memorable no hubo ya más espectáculos sangrientos en el gran teatro. Esta lucha de gladiadores fué la última que tuvo lugar en el Coliseo.

CÓMO ALBANO ENTREGÓ SU VIDA A LOS ROMANOS

SEGÚN la historia antigua, Albano vivió en el siglo tercero de nuestra era. Los romanos dominaban entonces en Bretaña, y la persecución ordenada por el emperador Diocleciano, estaba en el apogeo de su furor en aquel país.

Albano era un romano bondadoso, que vivía en Verulamio y que dió asilo a un sacerdote cristiano llamado Anfíbolo, a quien buscaban los perseguidores para matarlo.

La santa vida y la fe jovial del sacerdote fugitivo conmovieron tan hondamente a Albano, que quiso conocer aquella religión que tanto valor inspiraba a su huésped. Un día vió acercarse soldados a su casa.

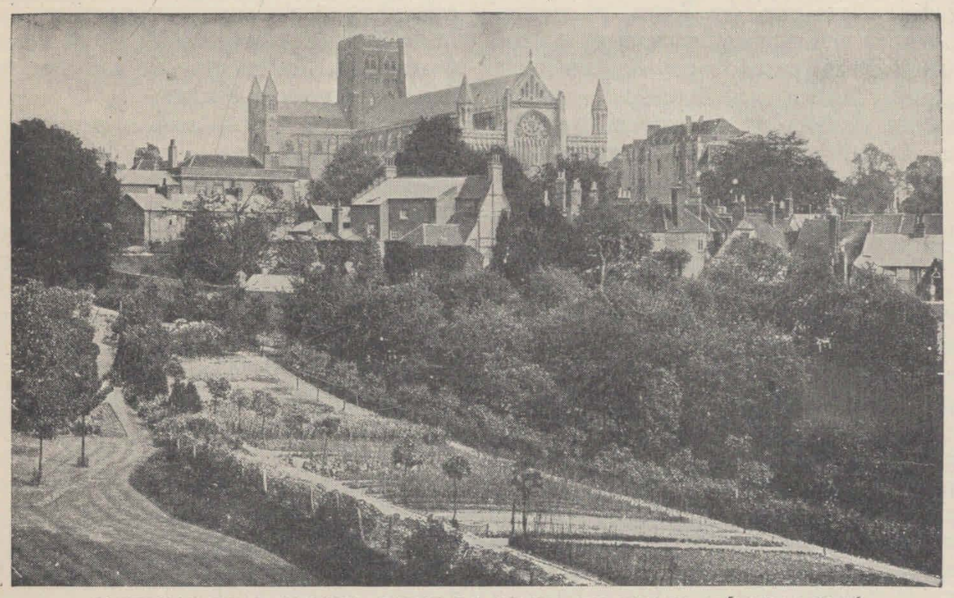
« Han seguido las huellas del ciervo hasta su escondite—dijo Albano; mas aunque los perros han olido sangre, no han de lamerla en el pavimento de mi casa ».

Trocó sus ropas con las de Anfíbolo, y el perseguido sacerdote huyó. Albano se entregó a los soldados y fué conducido ante el juez, quien, descubierto el engaño, ordenó que Albano pagase con su muerte el refugio dado a un rebelde. Pero le ofreció la vida a condición de que sacrificase a los ídolos, mas Albano se negó.

—¿De qué familia eres?—le preguntó.

—Por mis padres me llamo Albano; adoro al Dios vivo, Creador de todas las cosas,—respondió.

—Entonces si quieres gozar de larga vida, sacrifica a los dioses.



CATEDRAL DE S. ALBANO, SOBRE LA COLINA EN QUE EL MÁRTIR MURIÓ

—No,—dijo Albano,—los dioses, a quienes sirves no son dioses. No quiero prosternarme a adorar lo que es indigno de adoración.

Entonces le azotaron y se lo llevaron para ser decapitado. El lugar del suplicio era una colina coronada de flores y al pasar por entre la multitud que se había reunido a presenciar su ejecución, Albano se arrodilló y rogó por sí mismo y por sus enemigos. El verdugo, enternecido por la plegaria, se negó a cumplir su cometido y llamaron a otro, que decapitó a los dos.

El antiguo nombre de Verulamio se cambió por el de S. Albano; y en la florida colina se yergue hoy el magestuoso santuario, que se muestra en esta página.



LA LIBERACIÓN DE GROCIO

GROCIO, o Hugo van Groot, según se llamaba en holandés, fué un famoso catedrático, escritor y político. Hablaba y escribía libremente sobre las cosas que creía de justicia en política y religión, y ofendió con ello al gobierno holandés que por tal razón le condenó a prisión perpetua y confiscó sus bienes. Fué encerrado en el castillo de Louvestein, pero se autorizó a su consorte a permanecer con él.

Era la esposa de Grocio mujer experta, amante de su marido y desde luego no pensó más que en buscar los medios para emprender la fuga, pero transcurrieron ocho meses y ninguna ocasión se presentó para realizar la idea.

Grocio invertía su tiempo escribiendo y con frecuencia necesitaba libros de fuera de la cárcel para auxiliarse en su obra. Su esposa obtuvo permiso para ir en busca de quien se los prestara y pudo traerle un gran cofre lleno de volúmenes.

Terminado el asunto de los libros, fuese a ver a un amigo que vivía fuera del castillo y aprovechó la oportunidad para meter en el cofre la ropa sucia que debía ser lavada. Los guardias del castillo acostumbraban a registrar el cofre, pero nunca encontraron nada peligroso y sí únicamente los libros y las ropas del preso.

Así pasó algún tiempo, hasta que los guardias dejaron de registrar el cofre; y no se le ocultó a la penetrante mirada de la señora Grocio que estaban ya cansados los vigilantes de cumplir con su deber. En un momento vió la posibilidad de que su marido pudiera fugarse. ¡Si pudiera meterle a él en el cofre! Lo primero que se requería era practicar algunos agujeros para que entrara el aire. Hecho esto persuadió a su marido a que se sentara al amor de la lumbre y pretextase hallarse enfermo.

El día en que debían llevarse el cofre, como de costumbre, la señora ayudó a Grocio a meterse dentro y sujetó bien la tapa. Presentóse entonces el hombre que debía llevarse el cofre y al ver corrido el cortinaje de la alcoba iba a preguntar a qué venía, pero la esposa se llevó el índice a los labios pidiéndole callara para no molestar al doliente. El hombre se echó el cofre a la espalda y se lo llevó, no sin haberse quejado de lo mucho que pesaba.

Grocio fué llevado a casa de un amigo, desde donde, disfrazado de molinero, se marchó a Amberes.

¿Qué fué ahora de la esposa que a tanto se había arriesgado por libertar a su marido? Al principio procuró demorar el descubrimiento vistiéndose con las ropas de su esposo y se acurrucó cerca del fuego, pero no se dejó ver del carcelero. Luego, calculando que ya su marido estaría en salvo, se fué a ver

a los guardianes, les participó que el preso se había escapado y les reprendió duramente por haber faltado a su deber. Disculpáronse y dejaron salir del castillo a la señora de Grocio, que poco después se reunía con su marido.

LA VALEROSA MUCHACHA DE NOYÓN

EN una casa de la pequeña ciudad de Noyón, en Francia, se sentían con frecuencia molestados los vecinos por el mal estado del albañal, de modo que fué preciso enviar trabajadores que le dieran desaguadero. Oficio peligroso a causa de los gases mefíticos que se desprenden.

En esta ocasión, cuatro hombres que se ocupaban en aquella faena, cayeron desvanecidos y no podían dar aviso para que les sacaran de la letrina.

Extrañados de la tardanza los inquilinos de la casa, entraron en cuidado, pero nadie se atrevió a aventurarse.

Entonces, una animosa sirvienta, una muchacha de diez y siete años, movida a piedad para con aquellos pobres hombres, pidió que la ataran a una cuerda y que bajaría al albañal.

Así se hizo y llegó hasta el grupo de hombres que yacían en el suelo, sin esperanzas de vida. Prontamente temblando de emoción, levantó a uno en sus brazos, lo ató a la cuerda e hizo señal para que lo izaran. Varias robustas manos lo subieron, y al depositarle en tierra se vió que el hombre, aunque perdido el conocimiento, vivía aún.

Por segunda vez la muchucha ató a un hombre a la cuerda y fué puesto en salvo. Disponíase a repetir por tercera vez la operación, cuando la joven observó que no podía respirar. Sobrepúsose, con todo, a aquella sensación de ahogo y trató de amarrar al tercer hombre a la cuerda.

Apenas acababa de lograrlo cuando cayó a su vez sin sentido, pero antes, haciendo un supremo esfuerzo, logró atar a la cuerda su larga cabellera, y la anudó estrechamente, después de lo cual, quedó desmayada.

Los de arriba tiraron con el mayor cuidado y lograron poner en salvo a la doble carga.

Pronto la frescura del aire reanimó a la muchacha, e inconscientemente pensó en el cuarto hombre que quedaba en el peligroso albañal. Problemático era que pudiera ya auxiliarlo, pero tal vez quedaba alguna probabilidad de salvación, y por cuarta vez, expuso la noble joven su vida. Por desgracia ahora fué vano el esfuerzo, pues el pobre hombre era ya cadáver.

Merecidísima es la recompensa que se otorga a las acciones valientes; y no faltaron algunos regalos para la abnegada muchacha que tan valientemente arriesgó su vida por salvar las de los demás.

LA ABNEGACIÓN DE UN ROMANO

EN pasados tiempos, la ciudad de Roma era solamente una de tantas como había en los diversos estados de la Italia Central; si bien, en la época a que nos referimos, era la más pujante de todas. De ahí que las demás ciudades temieran su poderío, encaminado a sojuzgarlas una por una, por lo cual muchas de ellas, llamadas *latinas*, formaron una liga contra la primera. Reunieron un ejército a fin de acabar con Roma; y los romanos a su vez organizaron otro, que sin pérdida de tiempo salió a su encuentro.

Iba el ejército romano al mando de dos cónsules, reconocidos ambos como valientes caudillos. El uno era Tito Manlio, apellidado *Torcuato*, con motivo de haber en su juventud vencido en singular combate a un gigantesco guerrero galo, que llevaba pendiente del cuello un collar de oro llamado *torque*, del cual se apoderó Manlio, después de haber vencido al galo. El otro era Publio Decio Mus, quien, aunque no ejercía



EL VALIENTE CÓNSUL ROMANO DECIO, DISPONIÉNDOSE A MORIR POR LA SALVACIÓN DE ROMA

el mando en jefe, había salvado al cónsul de una derrota por su destreza y valor. Ambos condujeron sus fuerzas alrededor del Monte Vesubio.

Creían a la sazón los antiguos romanos que las almas de los difuntos se trasladaban a un mundo subterráneo, donde gobernaban como dioses, llamados *dioses Manes,* y suponían que se entraba en aquel mundo superior por el Monte Vesubio, donde acampaba ahora el ejército.

Así las cosas, los dos cónsules, Manlio y Decio, tuvieron un sueño igual, en el cual se les apareció una forma velada que les dijo: « Si el jefe de los romanos quiere sacrificarse a los dioses Manes, los romanos vencerán a los latinos; pero si se sacrifica el jefe latino entonces los latinos vencerán a los romanos ». Por ello, pues, Decio y Manlio tenían que morir uno u otro, para salvar a su patria.

Cuando al día siguiente se reunieron Manlio y Decio para celebrar consejo, refiriéronse el sueño que habían tenido y cada uno se mostró pronto a sacrificarse a los dioses para salvar a Roma, de acuerdo con la visión. En su consecuencia, acordaron que en la próxima batalla contra los latinos mandase cada uno de ellos un ala, y cuando los latinos obligaran a retirarse a cualquiera de ellas, se sacrificase entonces a los dioses el jefe que la mandara, y ofreciera su vida en holocausto, lanzándose contra el enemigo, pues según había dicho la aparición, sólo de esta suerte podía quedar Roma victoriosa.

Chocaron en la batalla romanos y latinos y cayeron éstos sobre el ala que mandaba Decio, con tal ímpetu, que el

frente de los romanos tuvo que retroceder a la segunda línea. Decio comprendió, entonces, que había llegado su hora. Llamó al Sumo Sacerdote que llevaba el título de Pontífice Máximo, y se ofreció solemnemente en sacrificio a los dioses Manes, conforme a los ritos sagrados de los romanos. Ciñóse sus ropas a la manera de los sacerdotes que inmolaban las víctimas en los altares de los dioses y se lanzó contra las filas de los latinos. Refiere el historiador Tito Livio que su imagen se apareció a la vista de ambos ejércitos con majestad mayor que la de un simple mortal, como un enviado de los cielos para auxiliar a sus amigos y decidir la destrucción de los contrarios. Sobrecogió el pánico a los latinos y aunque montado Decio sobre su caballo, cayó traspasado por los dardos del enemigo; pelearon los romanos con creciente ardor y huyeron los latinos aterrorizados a lo largo del ala. Enviáronse a Manlio, que mandaba la otra ala, unos mensajeros a todo galope de sus caballos, para referirle cómo se había realizado el presagio y cómo Decio había muerto.

Los mensajeros dijeron que Manlio se dolió mucho de que a consecuencia del pacto concluído entre ellos, no había podido ofrecerse en sacrificio en lugar de Decio.

Enterados los latinos de lo ocurrido, como lo estaban los romanos, creyeron que los dioses se habían puesto del lado de Roma, dándole la seguridad de la victoria, como a los latinos la seguridad de la derrota, y así quedó cumplida la promesa de la visión.

LA MADRE DE LOS GRACOS

VIVÍA una vez en Roma una aristocrática y hermosa dama llamada Cornelia. Hubiera podido casarse con un rey, pero prefirió ser esposa de un ciudadano romano. Su marido se llamaba Graco y tuvo de él dos hijos, que fueron conocidos por «los Gracos». Amábales con pasión, educólos en la virtud y la nobleza, y se propuso fueran dignos ciudadanos de Roma.



CORNELIA MOSTRANDO SUS «JOYAS»

Un día recibió la visita de una elegante patricia, que sólo acertaba a hablarla de trajes y joyas, hasta que acabó por decirla: «Ya sé que tenéis también joyas muy preciosas. ¿No querréis enseñármelas? »

Levantóse Cornelia, salió de la estancia y reapareció al corto rato llevando de cada mano a sus dos hijos, ya mayorcitos. «Estas, dijo, son las únicas joyas de que os han hablado».

Fueron aquellos hijos, hombres heroicos, y toda Roma reconoció que debían a su madre el ser tan valientes y justicieros. Aun en vida se la levantó una estatua con la inscripción: *Cornelia, mater Grachorum*, esto es, *A Cornelia, madre de los Gracos*.

Gran destino es ser madre de hombres heroicos. El nombre de Cornelia vivirá siempre y sus famosos hijos son recordados por haber tenido una madre tan buena y tan grande, que hizo de ellos lo que fueron.



LA DONCELLA QUE SALVÓ A PARÍS

HACIA el año 424 de la era cristiana nacía, en una aldehuela llamada Nanterre, distante de París poco más de media legua, una niña destinada a realizar grandes hechos.

Vivía Genoveva, en el tiempo en que, después de haber sido civilizados por los romanos, sus compatriotas los galos habían abrazado el cristianismo. Siete años contaba cuando fué bautizada, y queríanla todos por su apacible carácter. Guardaba los ganados de su padre, cuando iban a pacer en los bosques a la sombra de los árboles. Como Juana de Arco, estuvo siempre viviendo en contacto con la hermosa naturaleza.

Muertos sus padres, fuése la huerfanita a vivir con su abuela, a cuyo lado creció fuerte, sana y robusta, y se dió a conocer por su piedad, su abnegación y el amor con que atendía a los pobres, olvidándose de sí misma. Y así pasó el tiempo, hasta que la niña se convirtió en una hermosísima mujer.

La tranquila vida de la aldea se vió turbada por el espanto y el horror, cuando se supo que Atila, llamado el *Azote de Dios*, había pasado el Rin con sus hordas de salvajes hunos, destruía las ciudades que encontraba al paso y marchaba sobre París.

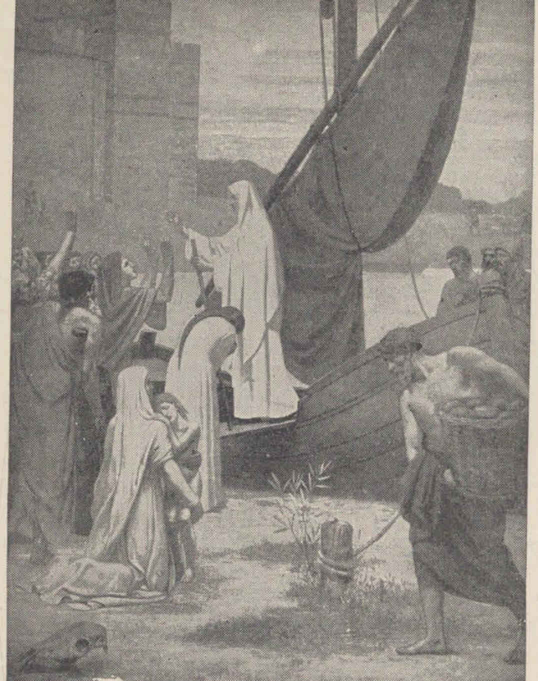
El pueblo huyó aterrado llevándose sus más preciados bienes, pero Genoveva se situó en el puente del Sena y exhortó a todos a regresar para entregarse al rezo, al arrepentimiento y a la defensa de sus hogares. En aquel momento llególe a Genoveva un presente del buen obispo Germano, y recordando la gente en cuánta estimación la tenía, desechó su terror y se dejó guiar para volver a sus casas, rezar y prepararse para la defensa. La plegaria fué oída, en cuanto quedó advertido el peligro. Atila fué derrotado en los Campos Catalaúnicos (Chalons) y rechazado por los galos.

Pocos años después, veíase de nuevo amenazado París por la invasión de los francos, que llegaban desde el Nordeste. Siguieron éstos por el valle del Sena y sitiaron las murallas de París, construídas por los romanos. ¿Serían bastante fuertes para la defensa, o habrían de salir a campo raso los ciudadanos al encuentro de aquel enemigo cruel y sediento de matanza?

En esta crisis fué cuando Genoveva demostró el extremo valor que poseía. Viendo que no había ningún bravo que se aventurase a salir de las murallas en busca de víveres para las mujeres y los niños, que se hallaban faltos de provisiones, se embarcó en una lancha, y, dejándose ir río abajo, pasó por detrás del campamento de los francos que habían saltado a tierra en lugar seguro. Fué de ciudad en ciudad implorando a las gentes para que enviasen socorros a París, y por fin regresó a la capital con un convoy de lanchas, cargadas de

provisiones. Los francos, al ver aquello, consideraron sagrada su persona, y en vez de detenerla le dejaron libre el paso.

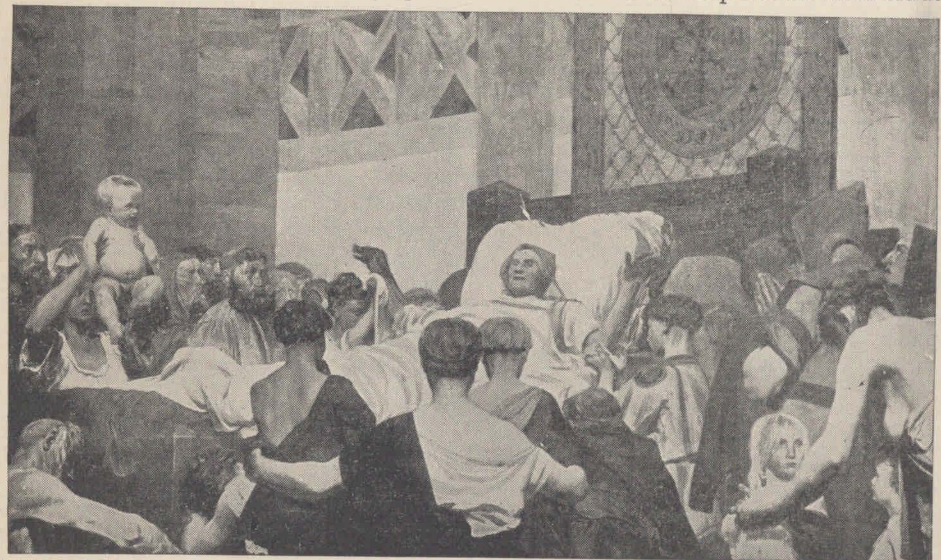
En cierta ocasión, Chilperico, rey de los francos, aprovechando una ausencia de Genoveva, se apoderó de la ciudad. El jefe franco temía el poder de la joven, y al saber que la tenía en frente dió orden de cerrar las murallas. Sabiendo a la sazón la valerosa pastora que habían sido condenados a muerte algunos ciudadanos, se trazó su plan, entró, sin ser reconocida, por una puerta de París y se encaminó al lugar de las fortificaciones donde Chilperico y sus bravos francos se hallaban entregados a una orgía.



GENOVEVA PROVEYENDO DE VÍVERES A PARÍS

La escena que se siguió hubo de conmover todos los corazones y puso de relieve el valor de aquella alma nobilísima. La brava pastora se hizo esclava de su deber que, a su juicio, era implorar la clemencia de Chilperico moviéndole a respetar la vida de los inermes ciudadanos. El jefe franco tembló ante su presencia, satisfizo su petición, puso en libertad a los prisioneros y perdonó a París.

Genoveva vivió muy honrada por el pueblo, hasta avanzada edad, y consagró sus días a obras de misericordia y piedad. Falleció en 512, después de haber visto abrazar el cristianismo a Clodoveo, hijo de Chilperico, y fundar la catedral de Nuestra Señora de París. Los parisienses la tienen por protectora, y llaman a Genoveva la santa patrona de la ciudad.



MUERTE DE GENOVEVA, RODEADA DE LA MULTITUD A LA QUE TANTO HABÍA FAVORECIDO

MADRE E HIJO

LA juventud sólo busca placeres y delicias, y, cuando las tribulaciones y sufrimientos la abruman y ahogan, sólo Dios puede calmar sus angustias y devolver a su apenado corazón la verdadera alegría. Pontico, de edad de quince años, crecía embebido en los sentimientos cristianos, al lado de su madre Blandina; y ambos se creían felices amando y sirviendo a su Dios. Vino la persecución a turbar la paz de los cristianos, bajo el reinado de Marco Aurelio Antonino y de Lucio Vero, y en Lyon de Francia tuvieron eco las inauditas crueldades que descargaron sobre los cristianos.

Era Blandina una esclava de mucha virtud, que sufrió con entereza y constancia los más atroces tormentos en su delicado cuerpo. Con un heroísmo maravilloso animaba a los confesores de Cristo, y, como si fuese insensible a los tormentos, expresaba lo que en su corazón sentía con estas lacónicas palabras: « Soy cristiana ».

Sacaron a Blandina de la cárcel con otros cristianos, y antes de echarlos a las fieras en el grandioso anfiteatro de Lyon, fueron, según costumbre, azotados, y Blandina, con gran crueldad, fué amarrada a un poste, en el centro de la arena; ella, alzados los ojos al cielo, rogaba al Señor que mostrase su poder. Soltaron las fieras; y leones, tigres, leopardos y toros se echaron sobre los mártires, que fueron despedazados, exclamando únicamente: « Soy cristiano ». Blandina se vió milagrosamente libre de las garras de las fieras: los leones se paraban ante ella y los tigres se tendían a sus pies. Ante tal prodigio, Blandina fué de nuevo conducida a la cárcel y reservada para el espectáculo del día siguiente. Cuando llegó este día, el Circo de Lyon vióse atestado de apiñada multitud, ávida de contemplar a la hermosa heroína, a quien un poder misterioso parecía preservar del furor de las hambrientas fieras. Al verla tan bella, modesta y tranquila, movido el pueblo de una falsa compasión, gritó:

—Jura por los dioses de Roma que renuncias a la superstición cristiana, y no morirás.

Alzó Blandina las manos al cielo, como para invocar su auxilio, y cruzándolas luego sobre el pecho, respondió:

—¡Soy cristiana!

Excitóse en esto una tempestad de gritos, y, a una indicación del procurador, los soldados condujeron al centro del Circo a Blandina con su hijo Pontico, que tenían reservado para el último combate, entregándoles incienso para que lo arrojaran sobre un braserillo, diciéndoles:

—Sacrificad a la fortuna tutelar del imperio, y habrá compasión de vuestra juventud.

Pontico y Blandina arrojan al suelo el incienso, apartando los ojos; y ante tan digna acción, la multitud prorrumpe en una atronadora gritería de « ¡mueran! ». Vencido el populacho por un niño y su joven madre, y ávido de sangre, hubiera saltado a la arena para acabar con sus víctimas, si no le hubiese contenido la energía de los soldados. Los lictores arrastran a Pontico y Blandina, y después de haber lacerado sus cuerpos con azotes plomados, los sientan sobre sillas de hierro candente para atraer más fácilmente a las fieras con el olor de las carnes quemadas. Alzan el rastrillo y sale un leopardo, que embiste a Pontico y le desgarra el vientre. Lucha el niño con las ansias de la muerte, mientras Blandina le señala el cielo, diciendo:

—« ¡Venciste, soldado de Cristo! Aguárdame para ir a Dios. Ahora me toca a mí ».

Pero el leopardo, como en la víspera, se detiene; sueltan otras fieras, pero todas, después de dar un corto paseo, vuelven a su cubil. Rodéanla los gladiadores y la exponen a un toro que de una cornada la arroja a veinte pasos, y entonces un gladiador, para poner fin a tan bárbaro espectáculo, la degolló. Los santos cuerpos fueron arrojados a los perros para que no quedase de ellos resto alguno que sirviese de veneración a los cristianos.

UNA NIÑA QUE DESAFÍA LAS IRAS DE UN TIRANO

ERA a principios del siglo IV, y la persecución que los emperadores Diocleciano y Maximiano iniciaron en Roma propagóse rápidamente por todo el imperio romano, especialmente en España, que dió muchos mártires a la Iglesia. Daciano fué destinado a la Península Ibérica, para exterminar en ella la religión de Jesucristo.

Eulalia, hija de Barcelona, vivía con sus padres en Sarriá, donde tenían una villa o granja en el lugar que aún se conoce con el nombre de Desierto, donde se conserva todavía una capilla dedicada a la valerosa niña. Llegaron allí las tristes noticias de las víctimas sacrificadas en la universal persecución, y Eulalia, deseosa de dar su sangre por la fe, y de animar y fortalecer con su ejemplo a los pusilánimes que pudieran flaquear en la consumación del martirio, resuelve presentarse al juez Daciano, en Barcelona, y reprenderle su crueldad. En las cotidianas pláticas que tenía con sus compañeras, se excitaba más y más al saber los sufrimientos y constancia que llegaban a sus oídos sobre los que daban la sangre y vida por el Evangelio. Animábanse unas a otras en la mística caridad, entonando himnos sagrados, en cuya grata tarea se extasiaban y elevaban su espíritu hasta el trono del Altísimo. Con todo, temerosa de que, si sus padres o amigos llegaban a saber sus planes, se lo impidiesen, guardó secreto y sólo atenta a la dicha de dar su vida por Cristo, se marchó de la casa paterna sola y a pie, en lo más riguroso del invierno y en medio de las tinieblas de la noche. Llegada a Barcelona se presenta a Daciano en el foro y le reprende su crueldad en perseguir a los cristianos y su odio a la fe de Cristo. Le dice que hay un solo Dios, Criador y Señor de todas las cosas, a quien él y todos deben adorar. Le recuerda que todo está sujeto a Dios, quien dispone de los imperios y de la suerte de todos los hombres. Le dice que no la desalientan los pocos años, ni la debilidad del sexo, y que con la ayuda del Señor será fuerte en confesar a Jesucristo.

Daciano escucha lleno de estupor a la delicada doncella, porque no comprende tanta seriedad y entereza en una tierna niña, y después de contestarle con desdén, manda azotarla. Allí mismo fué horrorosamente azotada, mientras decía: «Porque Dios me conforta no siento vuestros tormentos». Y mientras los verdugos despedazaban sus carnes, el tirano, no pudiendo sufrir tanto heroísmo, le preguntaba: «Miserable doncella, ¿dónde está tu Dios? ¿por qué no te libra de esta pena?» Y Eulalia respondía: «Azotad con fuerza, que no azotáis a Eulalia, sino a su cuerpo». Avergonzado el presidente de verse vencido por una niña, mandó traer el ecúleo, y que suspendida Eulalia en él, fuese atormentada con uñas, garfios de hierro, y descoyuntados sus huesos, mientras ella ofrecía a Dios su virginal pudor y le daba gracias por haberla considerado digna de sufrir el martirio. El tirano mandó entonces aplicar hachas encendidas a los costados de la virgen, y el Señor hizo que las llamas se volvieran contra los mismos sayones que las aplicaban. Refieren algunos escritores que después de esto Daciano mandó sumergirla en cal viva, derramar aceite hirviendo y plomo derretido sobre su cabeza, introducirle mostaza con vinagre en las narices, abrasar sus ojos con candelas encendidas, arrastrar su llagado cuerpo sobre cascos y vidrios rotos, y luego que fué clavada en cruz fué llevada por la ciudad para escarmiento de los cristianos. Mas Dios la cubrió con un manto de nieve que la resguardase de todas las miradas, y por último fué degollada, viéndose salir de su boca una blanca paloma que voló hacia el firmamento. Estos sucesos llenaron de consuelo a los cristianos, quienes dieron gloria a Dios,

que por medio de un niña triunfó de toda la saña de un tirano. Sufrió el martirio a los 12 de Febrero del año 304. Los cristianos se aprovecharon de que los soldados vigilasen el cuerpo de la santa desde cierta distancia, para apoderarse de él y darle sepultura entonando himnos y salmos. Con la invasión de los árabes quedó olvidado el sitio donde estaba sepultada, hasta que vino Sigebodo, obispo de Narbona, quien comunicó al de Barcelona, llamado Frodosio, su deseo de poseer parte de las reliquias. Por espacio de tres días se hicieron excavaciones en el campo donde se levantaba el templo de Santa María de las Arenas, hoy del Mar, y siendo inútiles todas las pesquisas, el de Narbona se volvió a su Sede: esto era en 878. Poco tiempo después, Frodosio, no dándose por vencido, resolvió continuar sus excavaciones, y habiendo ordenado tres días de ayuno y de oración, revestido de pontifical recorrió todo el lugar, hasta que hiriendo con el báculo pastoral un rincón de la iglesia, sintió que estaba hueco, y allí encontró el cuerpo de la virgen, que exhalaba una fragancia extraordinaria. Colocaron el cuerpo santo en unas andas y lo cubrieron con un rico paño, pero al llegar a la puerta situada donde hoy día está la plaza del Ángel, quedó tan inmóvil y firme que ninguna fuerza era capaz de moverlo. Púsose el obispo en oración y mandó que todos hiciesen lo mismo, hasta que un clérigo confesó que, movido de una especial devoción había sustraído un dedo del cuerpo santo, el cual restituído al cuerpo, pudo éste fácilmente ser movido de aquel sitio y ser conducido procesionalmente a la Catedral el 23 de Octubre. Fué por segunda vez trasladado su cuerpo en ocasión de colocarse en la nueva Catedral el 10 de Julio de 1339, con asistencia de varios obispos, reyes y príncipes.

LOS GUARDIAS SUIZOS CUMPLEN CON SU DEBER

LOS suizos han sido elogiados con frecuencia por sus bravas proezas y una, sin duda, de las más notables, fué la que los soldados suizos realizaron lejos de su hermoso lago de Lucerna, en París, en 1792, cuando la revolución.

Los reyes de Francia habían depositado toda su confianza en los suizos y formado una guardia de honor constituída por fieles soldados de Lucerna y otros cantones: estos hombres recibieron el nombre de «Guardias del Rey».

Cuando el populacho, en la noche del 10 de Agosto de 1792, asaltó las Tullerías, donde se hallaba la familia Real, los guardias suizos permanecieron firmes en su sitio, defendiendo con sus vidas al rey Luis XVI y a la reina; y aquellas turbas, sedientas de sangre, hubieron de pasar sobre los cadáveres de los suizos. Uno tras otro fueron pasados a degüello los soldados, peleando bravamente, hasta que acudieron dos batallones que los abrumaron. Cuando cayó el resto en los días 2 y 3 de Septiembre, fueron exterminados casi todos los guardias suizos.

El gran escultor dinamarqués Thorwaldsen proyectó un hermoso monumento conmemorativo, que fué esculpido en una roca natural en el Jardín del Glaciar de Lucerna. Representa un león herido traspasado por una flecha rota, defendiendo con su garra, echado en tierra, un escudo que ostenta las flores de lis de Francia. En la roca, sobre la cabeza del león se lee: *Helvetiorum fidei ac virtuti*; inscripción latina que significa: «A la fidelidad y valor de los suizos», siguen los nombres de los que no queriendo faltar al juramento de fidelidad, cayeron todos, oficiales y soldados, no en defensa de la patria sino simplemente en el cumplimiento de un deber para con un rey extranjero.

Si vais a Lucerna, veréis sin duda el león del conmovedor monumento a la lealtad, esculpido en los Alpes, tierra nativa de aquellos hombres. Más de cien años han transcurrido, pero su memoria perdura siempre en la tierra donde vieron la primera luz.

El Libro de hechos heroicos

DE LA ESCUELA AL MARTIRIO

JUSTO Y PASTOR! he aquí a dos hermanos que en la tierna edad de la niñez se muestran héroes y cuyo amor fraternal, avalorado por la fe, ha hecho que su nombre se hiciese inmortal y repitiese en los labios de todos con un entusiasmo que no tiene igual. Honra y prez de España y gloria de Alcalá, tenía Justo siete años y Pastor nueve, cuando en la fiera persecución que Diocleciano y Maximiano hicieron a la Iglesia, Daciano entró en Alcalá de Henares y publicó un edicto mandando que todos sacrificasen a los dioses del imperio romano, si no querían morir entre los más atroces tormentos. Iban los dos niños a la escuela, cosa muy natural en su infantil edad, y al oir la voz del pregonero que publicaba el edicto del tirano, encendióse en sus pechos un nuevo fervor de morir por Cristo. Abandonan la escuela, arrojan las tablillas que contenían los primeros rudimentos de las letras y se encaminan decididos al tribunal de Daciano. Atónito y confuso quedó el tirano al ver que dos tiernos niños, sin ser llamados ni apremiados, se le presentaban y de propia voluntad se le ofrecían a padecer y morir por la fe de Cristo con tanta alegría y serenidad. Creyó Daciano que a dos muchachos les bastarían algunos azotes para hacerles entrar en razón, y que castigados desistirían de lo que él tomaba por locura.

Mientras los llevaba al lugar donde habían de ser azotados, temiendo Justo, el menor de los dos, que su hermano Pastor desconfiase de él por verle de tan pocos años, le habló de esta manera: «No temas, hermano Pastor, la muerte del cuerpo, que se nos prepara, ni te espanten los tormentos con que nos amenazan, pensando que son superiores a nuestra tierna edad. Muéstrate firme en recibir en tu cuello el golpe de la cuchilla que nos ha de matar; porque aquel Dios que nos hace la gracia de llamarnos a este honor, nos dará el valor necesario para sufrir los tormentos». A tales palabras de Justo quedó su hermano admirado y le contestó así: «Con razón, hermano Justo, llevas este nombre, para probar en tu fortaleza que no en vano te llamas Justo. De buena gana te acompañaré en el martirio para recibir juntos el premio de esta lucha. Fácil cosa me será morir contigo y ofrecer a Dios en sacrificio mi tierno cuerpo, viendo con cuánta alegría tú le ofreces el tuyo. Demos nuestra sangre por Aquel que derramó la suya por nosotros, para que podamos así verle en el cielo y gozar para siempre de su gloria».

Así iban platicando los dos hermanos; y los soldados que los acompañaban no sabían comprender cómo unos niños de tan corta edad abrigaban en sus pechos un heroísmo que varones esforzados a duras penas sabrían sostener. Diéronse por lo tanto prisa a relatarlo a Daciano, quien recelando que tanto valor en unos niños podría servir de emulación e incitamiento al pueblo cristiano, como también de mengua y oprobio para él al verse vencido por unos chicuelos, mandó que los llevasen a un lugar distante de la ciudad y allí fuesen degollados sin publicidad. Fueron conducidos a un campo llamado Laudable, donde les cortaron la cabeza sobre una gran piedra, en la cual quedaron impresas sus rodillas y manos, y que al presente se venera en Alcalá. Sucedió este martirio el 6 de Agosto del año 307 bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano. Los cristianos recogieron las cabezas y cuerpecitos de los santos niños y les dieron sepultura en el lugar mismo de martirio. Vinieron con esto las persecuciones contra la Iglesia y las guerras con la morisma, y la memoria de los santos niños quedó relegado al olvido, hasta que el arzobispo de Toledo, Asturia, teniendo noticia de ellos, les cobró tal devoción, que se dedicó a buscarlos con suma actividad, y después de haberles hallado se los llevó consigo a Alcalá donde, renunciada la Silla de Toledo, permaneció hasta su muerte, a fin de estar más cerca de las reliquias de los

santos niños. Sobrevinieron más guerras, especialmente con los moros, y Urbez, obispo de Huesca, se llevó los santos cuerpos de Alcalá y después de varios sucesos vinieron a parar a Huesca. Vino el año 1568, y por mandato del rey católico Felipe II y con Breve del Papa Pío V, fueron trasladadas sus preciosas reliquias otra vez a Alcalá de Henares y colocadas en la colegiata de su nombre, con gran regocijo de la ciudad.

MARAVILLAS DE LA FE

VIVÍA en Antioquía san Julián, no sólo esclarecido por sus virtudes, sino por el celo de propagar el Evangelio de Cristo. Era presidente y lugarteniente del emperador, Marciano, enemigo encarnizado de los cristianos, quien prendió a Julián, y como le viese firme en su fe, lo hizo pasear por las calles de la ciudad, y mientras le iban atormentando la voz del pregonero, repetía que era castigado por menospreciador de los dioses. Celso, hijo de Marciano, estaba en el estudio, y al pasar la turba con el mártir salió con los otros compañeros a verle. Vióle, y con él gran multitud de ángeles muy resplandecientes y vestidos de blanco que le ponían una corona de oro y piedras preciosas en la cabeza. Esta visión convirtió al muchacho, quien, arrojando los libros y quitándose los vestidos, corrió tras el santo, sin que nadie fuese capaz de detenerle, diciendo que quería ser su compañero en sus tormentos para serlo en la gloria, y abrazado con Julián, no pudieron separarle de él, sino que juntos los llevaron a la presencia de Marciano. Reprendió éste a Julián por haber fascinado y hechizado a Celso, trocándole de adorador de los dioses en entusiasta cristiano. Vino Marcionila, su madre, con otras matronas para disuadirle, y a fin de moverle más le mostraba los pechos con que lo había criado; mas Celso, rechazando las maternales caricias, respondió a su padre: « La rosa, por nacer de las espinas, no pierde su olor suavísimo; ni las espinas, por haber producido la rosa, dejan de punzar y lastimar. Haz, oh padre mío, tu oficio de lastimar, como espina; que yo, como rosa, procuraré dar buen olor de mí a los fieles. Los que temen perder la vida temporal te obedezcan, que yo, porque pretendo ganar la eterna, no te obedeceré ». Con estas y semejantes palabras se mostró firme. Salió de sí el infeliz padre y mandó echar a san Julián y a su mismo hijo en un profundo calabozo, sucio y hediondo, lleno de gusanos y de mal olor; mas el Señor le ilustró con inmensa luz y cambió el mal olor en suavísima fragancia, lo cual fué ocasión de que veinte soldados que estaban de guardia se convirtiesen. Por inspiración del Señor vinieron a la cárcel siete caballeros cristianos, hermanos, y con ellos un sacerdote llamado Antonio, que bautizó al niño Celso y a los soldados convertidos. Súpolo el presidente y lo notificó al emperador, el cual ordenó que fuesen metidos en unas cubas embreadas, llenas de pez, aceite y resina. Mientras Marciano levantaba su tribunal en medio de la plaza y disponía lo necesario para ejecutar las órdenes imperiales, acertó a pasar un muerto que llevaban a enterrar; y Marciano les mandó parar, y para hacer burla de Julián le rogó que lo resucitase. Julián, viendo que de ello resultaría más gloria a Dios, lo resucitó. Marciano no cabía en sí de asombro, no sólo por verle vivo, sino mucho más al oirle predicar la fe de Cristo. El juez mandó que fuese preso y siguiese la causa común con los demás confesores de la fe. Marciano, por no ver padecer a su hijo, sometió la causa a su teniente, y él, triste y lloroso, se retiró a su casa.

Cuando tuvieron preparadas las cubas, desnudaron a los mártires y los echaron dentro, y mientras los verdugos atizaban el fuego, los santos mártires entonaban cánticos y con humilde corazón daban gracias al Señor por tan señalado beneficio. El buen Dios, con el soplo de su omnipotencia, apagó el fuego, y los santos salieron más resplandecientes y puros, y sin la menor lesión. Cuando Marciano supo lo acaecido, atri-

buyéndolo todo a nigromancia, preguntaba a Julián dónde había aprendido tales artes, y el santo le decía que todo era obra de Dios, a quien debemos amar y nunca anteponer a su amor el de los padres y parientes, ni los intereses de este mundo falaz.

Volvieron los santos mártires a la cárcel, y Marcionila, esposa del tirano Marciano, se quedó con su hijo con intento de acariciarle y hacerle apartar de la religión cristiana. Pusiéronse todos en oración para que el Señor la alumbrase; tembló la cárcel, llenóse de un vivo resplandor, oyéronse voces del cielo, y con tales portentos Marcionila se convirtió al Señor, confesó la fe de Jesucristo y fué bautizada por el sacerdote Antonio, que estaba allí entre los otros mártires; todo lo cual fué de inmensa alegría para los santos. Marciano, loco de furor, mandó degollar a los veinte soldados y quemar los siete caballeros hermanos que de su voluntad habían ido a la cárcel con el sacerdote Antonio; y que a éste, a Julián, a su hijo Celso y a su mujer Marcionila, los volviesen a la cárcel para meditar despacio lo que debía hacer.

Había en Antioquía un templo famosísimo cuyo pavimento estaba cubierto de láminas de oro y el techo adornado de piedras preciosas. Ordenó Marciano que los sacerdotes preparasen grandes ofrendas y sacrificios para ofrecer a los dioses inmortales, y rogó a Julián que acudiese al templo para reconocer a los dioses protectores del imperio. Respondió Julián que se reuniesen en el templo todos los sacerdotes, que eran, en número, cerca de mil, y él, con sus santos compañeros, entró en el templo. Hincóse de rodillas, armóse con la señal de la cruz y con grande fervor rogó al Señor que destruyese el templo y todo lo que en él había, para mayor gloria suya y confusión de los gentiles. Acabada la oración respondieron los mártires Celso, Marcionila, Antonio y el resucitado: «Amén», y al momento los ídolos desaparecieron como humo, el templo se desplomó, como si nunca hubiese existido, y murieron todos los sacerdotes y muchos gentiles.

Volvieron los mártires a la cárcel y en ella vieron a media noche una luz brillante; se les aparecieron los veinte soldados y los siete caballeros hermanos, gloriosos y con vestiduras de refulgente claridad, y se oyó una voz muy suave que decía: ¡Aleluya, aleluya! Apareció también santa Basilisa con un coro de doncellas, quien les dijo que Dios la enviaba para avisarles que ya estaban al fin de sus batallas. Otro día mandó Marciano desollar el cuerpo a san Julián y a su propio hijo, y al sacerdote Antonio y a Anastasio (el resucitado) arrancarles los ojos con garfios de hierro. A su mujer mandó atormentarla en el ecúleo, pero el Señor no lo permitió, porque los verdugos quedaron ciegos y con los brazos secos. Dispuso entonces que fuesen echados a las fieras, las cuales lamían sus pies sin causarles daño alguno. En vista de esto, condujeron al teatro los criminales que había en la cárcel y los degollaron con los santos mártires. Al punto se produjo un gran temblor de tierra que arruinó casi una tercera parte de la ciudad. Cuando vino la noche acudieron los cristianos con los sacerdotes a recoger los cadáveres de los santos, pero, como estaban mezclados con los de los facinerosos, se pusieron en oración para que el Señor se los diese a conocer, y entonces aparecieron las almas de los mártires en figura de doncellas purísimas, que se sentaron cada una sobre su cuerpo. La sangre de los mártires no quedó empapada en tierra, sino que se congeló y formó una masa de pan muy blanca, no confundiéndose así con la sangre de los otros sentenciados criminales. Tal fué el martirio del niño Celso.

